

Memoria, filosofía y política

Teoría y filosofía política contemporánea. Memoria, naturaleza histórica y solidaridad

VII Congreso ALACIP, Bogotá, Colombia

Septiembre, 2013.

Claudia Galindo Lara

La búsqueda de significado en Arendt a partir de las narraciones

Hay dos elementos a destacar en Hannah Arendt que la llevan a dar un énfasis a la idea de significado. En primer término, el predominio de la acción sobre la contemplación, que parte de su crítica a la tradición de pensamiento filosófico occidental, la cual para ella, desde Platón, se enfocó a la introspección y descuidó el ámbito de la experiencia, con magros resultados para comprender los eventos políticos.

En segundo término, la fragilidad inherente a todos los actos humanos, los cuales no dejan huella tras de sí, incluido en este espectro el de la acción política.

La búsqueda de significado adquiere por lo anterior, para la autora, una jerarquía importante, ya que de éste dependerá el que los eventos políticos relevantes sean recordados y vuelvan a tener lugar, y los eventos de horror en política no vuelvan a repetirse. La vía para dotar de significado a las acciones que surgen en un contexto determinado será la de contar lo sucedido y compartirlo.

La intención aquí es discutir los puntos anteriores en la autora, tratar de ver sus limitaciones y alcances, así como las posibles aportaciones para pensar la política.

La trama de las relaciones humanas

Para Arendt, en un primer nivel, la existencia humana se desarrolla a partir de los ejes de la natalidad y la mortalidad, y de allí parte su inserción en entramados y su expresión en historias y narrativas. Tal red está armada a partir de infinidad de historias individuales y colectivas, la cual, de forma permanente se reconfigura a través de nuevas acciones. En esta trama que precede a las personas y que las envuelve, por así decirlo, insertamos nuestras biografías.

En un segundo nivel, la única forma de combatir lo efímero de la existencia humana es a través de los actos, lo que conduce al hecho irrefutable de que donde se puede notar con mayor énfasis la fragilidad de la condición humana es en la experiencia de la muerte, por eso buscamos ubicar de manera significativa nuestros actos. La acción por sí sola genera historias, nuestro contacto con los demás también, a partir de que nos comunicamos con los otros, pero éstas por sí solas desaparecen y no resisten a la muerte.

Entre el nacimiento y la muerte hay un intervalo que constituye la vida, transcurre la existencia que se desarrolla en un eje temporal donde aparecemos y posteriormente, con nuestra muerte, desaparecemos del mundo, cuya durabilidad está garantizada más allá de nuestra presencia en él. Tal es así que: “Toda vida individual entre el nacimiento y la muerte pueda contarse finalmente como una narración con un comienzo y un fin es la condición prepolítica y prehistórica de la historia, la gran narración sin comienzo ni fin.”¹

Respecto a esto, Arendt, muestra la influencia que ejerció sobre ella Heidegger, y con ecos de su maestro, plantea que fuimos arrojados a un mundo en el que estamos condenados a desaparecer sin dejar huella. Como contraparte, contamos con varios paliativos: las obras realizadas, las palabras y la memoria.

Nuestro carácter de fabricantes, como hemos visto, permite que a partir de la habilidad de producir dejemos como especie humana rastros tras nuestro paso por el mundo: “Huellas imborrables [las cuales permiten] que se logre la inmortalidad.”²

Sin embargo, el carácter innegable de nuestra mortalidad conduce a la necesaria edificación de un mundo que perdure más allá de nuestro breve paso individual por la vida y se apoya en la realización de hechos que puedan permanecer vivos en la memoria.

¹ Arendt, Hannah, *La Condición Humana*, Barcelona, Paidós, 2003, p.208.

² *Ibid.*, p.31.

La capacidad de permanencia se logra sólo porque hay un mundo en común en donde se comparten estas huellas y es por esto, que la única forma de contrarrestar la fugacidad de nuestro paso por la tierra es el impulso de reunión con los demás. La “mundanidad” constituye relaciones y es un contexto creado de objetos y personas en el que nos localizamos y que corresponde también con Heidegger al ser-en-el-mundo, y es donde se despliegan nuestras actividades, así como su horizonte de posibilidad, y sobre todo, el hecho contundente de la pluralidad.

Aún con su carencia de estrategia e instrumentalidad, e incluso con su carácter efímero y su fragilidad de resultados, para Arendt, a través de la acción, podemos encontrar atisbos de permanencia. Lo que se observa con lo anterior es que hay un lazo fuerte a través de la memoria compartida, que da significado a nuestros actos.

Por ello dirá: “La razón de que toda la vida humana cuente su narración y que en último término, la historia se convierta en el libro de narraciones de la humanidad, con muchos actores y oradores y sin autores tangibles, radica en que ambas son resultado de la acción.”³

En la jerarquía impuesta por la autora, se coloca en primer término la condición política de las personas, y la vinculación que el recuerdo compartido tiene para el mantenimiento de tal condición plural y de grupo.

La relevancia atribuida por Arendt a la capacidad colectiva de automantenimiento de la comunidad a través de la memoria la lleva a una doble dimensión: Por un lado, el espacio público carece de permanencia, es espontáneo y por el otro, aspira a algo tan relevante como la inmortalidad y la permanencia de las grandes acciones. En esta especie de paradoja se sitúa nuestra autora y esto la llevará a desenvolverse en un ámbito en el que buscará los elementos que otorguen equilibrio a tal dicotomía en apariencia excluyente.

La búsqueda de permanencia en el espacio público tiene un referente en el poder otorgado a la capacidad de interrelacionarnos unos con otros. En esta red que se construye entre las personas se sustenta la condición plural, que para Arendt es signo de lo más alto de la jerarquía de los asuntos humanos.⁴

³ *Ibid.*, p.208.

⁴ Al respecto, ver: Leyva, Gustavo, “Hannah Arendt: Acción, identidad, narración,” en Leyva, G. (Coord.) *Política, identidad y narración*, México, UAM-I, 1993, p.p. 383-411.

En este sentido, lo que puede verse es que para la autora, este tejido donde nos relacionamos unos con otros cobra especial relevancia. Es tan significativo puesto que se vincula al espacio humano de las apariencias. La autora reformula a Heidegger y aporta la idea de que el espacio humano de las apariencias se constituye a partir de la “red de relaciones y de las historias narradas.”

A partir de una mirada diferente a Heidegger, Arendt concibe al espacio de apariciones como el lugar donde se da la interacción humana, puesto que al poder actuar y hablar con los demás, se reconoce la “presencia de los otros.”⁵ Pero esto no cobra fuerza hasta que es narrado en una historia, al ser configurada de manera significativa y coherente, es decir con un sentido y reflexionada.

Tal definición vincula a la acción con la narrativa, a un grado tal, que las acciones mismas sólo pueden ser identificadas a través de una narración que les da forma, las interpreta, las cuestiona, a partir de un discurso determinado. La acción sólo se “completa” (por decir de alguna manera) con los sucesos o historias que surgen de ella, es decir, a través de las historias que se narran. Con éstas se otorga testimonio de la presencia humana y se supera el olvido inherente a los actos humanos.

La acción y el lenguaje, entendido como “la palabra” serán fundamentales para comprender toda la red de relaciones que constituye la relación entre las personas. Este estar *in between* se da no sólo a partir de aquello que ha sido creado por las personas, sino por los elementos intangibles: palabras y actos (los cuales una vez que han tenido lugar no dejan huella). Narradas, en cambio, dotan de sentido a la acción.

Es así que esta trama se refiere a aspectos cuya concreción no aparece a simple vista y que ligan a las personas entre sí. Constituye lazos, redes y contextos en los que se dan las relaciones humanas. Dentro de los elementos que incluyen los asuntos entre las personas, se ubican las historias narradas, que en Arendt marcan el horizonte (redes referenciales y contextos) en las que estamos insertos en narrativas creadas aún antes de nuestro nacimiento.

⁵ Ver Benhabib, *The reluctant modernism of Hannah Arendt*, Thousand Oaks, California, SAGE Publications, Vol 10, 1996, p. 111.

Es decir, que cuando aparecemos en el mundo, llegamos con una herencia previa tejida a partir de una cauda de narraciones que determinan en parte, nuestra actitud frente a éste. Es por ello que la red de asuntos humanos constituye un entramado complejo e intrincado, que además se torna más conflictivo, puesto que está predefinido de antemano. Cuando aparecemos, ya venimos con una carga narrativa previa, que nos conforma, la cual, aún cuando nosotros la podemos modificar, constituye una herencia fuerte.

Aún así, el recuerdo edificante y constructivo, tal como aparece en Arendt, adquiere forma a partir de la narración de historias. En este aspecto, la acción y el discurso tienen el gran atributo de producir “historias plenas de significado”, que habrán de ser contadas y tendrán como finalidad la conservación de un mundo en común e impedir su envejecimiento.

De no ser por la ayuda de la memoria, la acción se perdería tal como surgió. Contrario al mundo de los artefactos que en términos de Benhabib, constituyen “un repositorio de memoria,”⁶ por su objetualidad; en la acción, solamente el recuerdo narrado hará posible la permanencia de los eventos y la recuperación de la grandeza de los actos humanos, los cuales se ven envueltos siempre en “historias” que habrán de ser contadas.

Es así, que la palabra se narra, se integra en un plexo de sentido y se mantiene a través del tiempo. Por tanto, la acción y el lenguaje se mueven en el espacio que se encuentra entre los hombres (*inter-esse*) y que delinea relaciones que se enlazan y separan simultáneamente. En esta “trama” coinciden y divergen cursos de acción varios y palabras que fueron pronunciadas en el tiempo, que transcurren del pasado al presente y se renovarían en un futuro a través de las narrativas que las dotarán de un sentido para la acción.

Es decir, que lo que distingue es una sucesión de acontecimientos en el tiempo, cohesionados a partir de la narración hecha de ellos, y en ese proceso se logra un nexo de sentido. Sólo comprendemos lo que pasó a través de una historia, porque la acción, evanescente y efímera, se pierde. Para Arendt, la política es una representación. De allí la relevancia de la narración que se haga *post-factum*, porque es lo único que permanece.

⁶ *Ibid.*, p. 108.

La relevancia de las historias contadas estriba precisamente en que otorgan visibilidad a los actos. Al respecto, la autora señala: “La acción sólo es real, por el hecho de producir historias, que pueden ser registradas en papel o esculpidas en monumentos, es decir, son visibles y son compartidas.”⁷

La trama de las relaciones humanas genera la acción concertada y el surgimiento de historias, más allá de la intencionalidad de las mismas, y pese a que éstas no constituyen productos tangibles.

Debido a que en la acción no hay noción procedimental o estratégica, el sentido no se da por el cumplimiento de una intención original o por una finalidad planteada desde el principio, sino por las diversas historias que se tejen en su interior. Al respecto, Arendt señala: “Debido a esta ya existente trama de relaciones humanas con sus innumerables y conflictivas voluntades e intenciones, la acción siempre realiza su propósito; pero también se debe (...) [al] hecho de que “produce” historias con o sin intención de manera tan natural como la fabricación produce cosas tangibles. Entonces, esas historias pueden registrarse en documentos y monumentos, pueden ser visibles en objetos de uso u obras de arte, pueden contarse y volverse a contar y trabajarse en toda clase de material.”⁸ Su fortaleza es la posibilidad de ser narradas con posterioridad una y otra vez en la memoria de las generaciones y ser objetivadas en todos los materiales posibles.

¿Quién cuenta las historias? El binomio vinculante actor/espectador

Como vimos, el tránsito del pasado al presente se transmuta en una historia narrada. Lo que habría que revisar son las condiciones que dan paso del acontecimiento a la descripción del mismo. Es decir, sí existe un testimonio, documento, archivo capaz de

⁷ *La Condición Humana, op cit* p. 208.

⁸ *Ibid.*, p.p. 207, 208.

ofrecer una visión integral del acontecimiento. Lo cual lleva a revisar: ¿Quién es el que es capaz de “contar lo sucedido,” el actor o el espectador?

Benhabib resalta que las acciones son identificadas tanto por los actores como por los espectadores y se constituyen narrativas diversas que se contrastan, lo cual remite en todos los casos (hay que recalcar) a la idea de pluralidad. Lo que no parece quedar muy bien delimitado en Arendt es el papel que juegan el actor y el espectador.

Aquí cabría cuestionar a Arendt en términos de Ricoeur y de Danto: ¿Hay un cronista ideal que conozca todo lo que sucedió cuando se produjo el acontecimiento en cuestión y que pudiera ser capaz de realizar una descripción instantánea y completa del mismo? Es decir, ¿existe el “testigo ideal” o el “testimonio perfecto”?⁹

Para Ricoeur, en Arendt la acción: “Sólo es digna de llamarse así cuando abandona el deseo del hombre de dominar la naturaleza o dejar tras de sí monumentos que den fe de su actividad.”¹⁰ Por tanto, “la acción sólo trata de ser recogida en un relato cuya función consiste en procurar una identidad a un agente, una identidad que solo puede ser, consiguientemente, narrativa. Por tanto: “*La historia contada repite la acción al configurar lo memorable.*”¹¹

La preeminencia de la acción depende de la memoria. La historia contada mantiene viva la acción y simultáneamente, configura además, la identidad del actor. Actor y espectador no son figuras contrapuestas. El espectador puede “contemplar todo el juego,” y otorgar trascendencia con su capacidad para el recuerdo, mientras que el actor por definición no es un mero participante, estará vinculado a lo particular, que sólo encuentra su significado último y la justificación de su existencia en la acción. Dirá Arendt en referencia al espectador, que al colocarse fuera del “festival de la vida” tiene la condición

⁹ Ricoeur, Paul, *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999, p.p. 90 y 210. En particular: “Para una teoría del discurso narrativo,” p.p. 84-155.

¹⁰ Danto Arthur, *Historia y Narración*, Barcelona, Paidós, 1989, p. 25. Ver la introducción de Fina Birulés.

¹¹ *Ibid*, p.p. 210, 211. El subrayado es mío.

para comprender el sentido del juego, elaborar juicios y “ser árbitro final de la competencia en curso.”¹²

La diferencia entre el espectador y el que se retira a la introspección, estriba en el hecho de que quien juzga no abandona el mundo de los fenómenos, únicamente establece una adecuada distancia respecto a ellos. Se sustrae a toda participación activa “adoptando una posición de privilegio desde la cual puede contemplar.”¹³ Es decir, que forma parte de un público, a diferencia de aquél dedicado a la teoría o contemplación que se aísla de sus semejantes y que por tanto, se pierde de lo sucedido y es incapaz de explicarlo porque sólo lo ve desde el marco de las ideas. Esta posición, recordemos, procede de la crítica de la autora al “síndrome platónico.”¹⁴

La ambición de obtener una historia completa no es la parte central de lo que espera Arendt como producto de una narración *ex post* sino el hecho de que constituyen un vehículo que permite comprender los eventos. Toma a Lessing¹⁵ como paradigma del espectador puesto que éste considera que al desplegar una historia, podemos ver de forma inmedita su efecto en los demás al comunicarla, y con ello, compartimos mundo.

Es la dimensión de lo trágico en Lessing, lo que le permite, de acuerdo con la autora, “establecer un diálogo anticipado con otros,” lo cual crea condiciones de posibilidad para que una historia se torne visible y audible.

Es en este sentido, que tal como Ricoeur señala, para que exista una composición de una historia o narración debe existir una “pre-comprensión del mundo de la acción.”¹⁶ Donde la acción puede ser narrada y comprendida porque pertenece a un mundo “estructurado simbólicamente y pleno de sentido.” Aún cuando lo que genera la acción no tiene un

¹² Hannah Arendt, *La vida del espíritu. El pensar, la voluntad y el juicio en la filosofía y en la política*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1994, p.p. 113,114.

¹³ *Ibid*, p. 114.

¹⁴ Para la autora toda la tradición de pensamiento posterior a Platón, se refugió en la contemplación, de allí su incapacidad para dar una adecuada interpretación a los sucesos políticos.

¹⁵ Ver: Arendt, Hannah, *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. p. 13 a la 41.

¹⁶ Ricoeur, Paul, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Tomo I. México, siglo XXI, 1995, p.p. 115-130. También: “Jugement esthétique et jugement politique selon Hannah Arendt” en *Le Juste*, Paris, Editions Esprit, 1995.

ámbito estratégico, son una serie de eventos que cobran su propio curso y que sólo adquiere articulación a través del papel del *story teller* que dota de sentido a la misma.

Escenificación del conflicto y dimensión estética de la política

El acento puesto por Arendt en la aparición en público, la lleva a otorgar a la palabra y a los actos políticos una cualidad estética. La capacidad de trascender en el tiempo mediante la grandeza de obra y palabra, que juntas llevan a la posibilidad de inmortalidad, hacen que implique estar en un ámbito de exhibición que equipara a la política con las mejores obras de arte. Ello no sólo por su capacidad de tornarse memoria, sino por la recuperación de la belleza del lenguaje y las imágenes (el lenguaje no verbal) que, sometido a una permanente exhibición y escrutinio, se vuelve casi indestructible. Por esto, para ella: “La fugaz grandeza de la palabra puede permanecer en el mundo siempre que esté unida a lo bello. Sin belleza, es decir, sin esa gloria radiante en que se manifiesta la inmortalidad potencial en el mundo humano, toda la vida humana sería fútil y la grandeza no podría perdurar.”¹⁷

En tal sentido, nos recuerda que el mundo, como los objetos construidos por las manos del hombre, está destinado a sucumbir a la ruina del tiempo y solamente los seres humanos, a partir de sus acciones y discursos lo preservan, pero éstos también son efímeros, por tanto, sólo la memoria y las narrativas pueden intervenir y preservarlo de la ruina y desaparición.

Esta “metáfora teatral”¹⁸ se completa con la figura del historiador o *storyteller* quien, en efecto, cierra el círculo de la política como escenificación en un espacio público frente a una audiencia de espectadores. Donde tal “dimensión “narrativo-conmemorativa de la

¹⁷ *La Condición Humana, op cit.*, p. 230.

¹⁸ Estrada Saavedra, Marco, “Decir como fue: El juicio y la narración en la obra de Hannah Arendt” en *Pensando y actuando en el mundo. Ensayos críticos sobre la obra de Hannah Arendt*, México, UAM Azcapotzalco, 2003, p. 208.

acción”¹⁹ presupone un espacio de aparición como lugar de revelación de las posibilidades de los actores y por ello vale como recinto para el recuerdo.

Por ello, la inmortalidad estriba: “En conservar y alterar un estado de cosas dado y trascender el carácter mortal de los moradores.”²⁰ El arte, tanto como la política (a partir de las grandes obras y acciones) resisten al deterioro del mundo, lo renuevan con su presencia. Se otorga testimonio de la presencia humana y se permite sobreponer al olvido de los asuntos humanos y generar sentido a la acción.

La ineludible necesidad humana de manifestación de lo mejor de sí mismo mediante el arte, comparte con los “productos políticos” (palabras y actos) una cualidad común: a ambos les es necesaria la existencia de un espacio donde materializarse para lograr su permanencia en el mundo y así, resistir a la posibilidad de marchitarse o desaparecer con el paso del tiempo. Esto sólo se logra cuando del acto se dice algo. Por tanto, el narrador, aún cuando es parte del público y no participó en los hechos, forma parte al construir el relato.

En el planteamiento de la autora, el individuo siempre aparecerá ligado al espacio público y en actuación en concierto con los demás. Por esto, la política va a estar signada por una suerte de dimensión dramática, según la cual la mirada debe dirigirse a la acción tal como ésta aparece, desplegada en un escenario y ante un público. En Arendt se subraya el sentido dramático de la existencia humana como aspecto crucial de la política y se resalta el escenario teatral sobre la intencionalidad oculta de la misma en el escenario político.

Comprender y mostrar a la política en su dimensión estética, como una representación en donde lo que predomina es la belleza de las palabras y la capacidad dramática de los actores, conduce a que en ocasiones se privilegie el “atractivo” de mostrarse a los demás y lograr el reconocimiento de los otros, es decir, arribar a la escena, más allá del contenido específico de lo que se discute. Y además, es la política de los ciudadanos interesados, no la de los profesionales.

Se presenta un espectáculo digno de ser visto, con actores que debaten y argumentan con prestancia y nos recuerdan que son pocos los seres que tienen la capacidad para desplegar

¹⁹ *La Condición....* p. 208.

²⁰ *Ibid*, p. 204.

la palabra y la obra donde lo relevante es que de ello surja “una historia bien contada.” Tal historia también, hay que decirlo, se distinguirá más por la belleza de las palabras que por su contenido estratégico para la política.

En Arendt la profundización en las grandes acciones y lo que se relata de ellas, casi la lleva a los linderos del esteticismo. La idea de la política como espectáculo que se lleva a cabo en un escenario, parece vacía de contenido. Inclina peligrosamente la balanza hacia el virtuosismo, en demerito de la construcción de temas y solución de problemas específicos.

Lo mismo sucede con la narración. Aparece marcada por “los grandes actos,” donde resalta “la belleza de las palabras.” Como cualquier obra de arte, aparece en Arendt, teñida de mundanidad, de durabilidad y con la tarea de crear un mundo entre las personas, a través de dar forma a una red de relaciones, identidades y sentidos colectivos. Al respecto dirá: “Sin el discurso para materializar y conmemorar, aunque sea de manera tentativa, lo nuevo que aparece y resplandece, no hay memoria; sin la permanencia del artificio humano, no puede haber memoria de lo que sucederá en los que serán después.”

21

La actividad de *storyteller* es transformar el material lingüístico: las palabras, en una narración acabada que “asegure al hombre una suerte de morada mundana.” Así, las historias “contribuyen a iluminar la existencia humana.” Y tal como señala Kateb: “Arendt se aproxima a señalar que existimos para aparecer en narraciones, y que somos justificados a nosotros mismos por esas historias que provocamos o inspiramos, de la misma forma, que estas historias incitan a otros a actuar.”²²

La enorme fuerza estética con que Arendt dota a la acción, a la historia y a las narraciones pudiera hacernos pensar que sólo en este nivel permanece la autora. Contrario a esto, podemos afirmar con que la intención que subyace es “definir la existencia humana como inteligible y plena de significado en un contexto dado.”²³

²¹ *Ibid*, p. 227.

²² Kateb, George, *Hannah Arendt. Politics, conscience, evil*, Oxford, Martin Robertson, p. 14.

²³ *Ibid.*, p. 14.

Los límites de la política

Para la autora, la libertad es entendida sólo en el ámbito público y cuándo ésta se manifiesta en la política. Esta concepción tendrá como elemento vinculante el hecho de que la acción y la palabra sean las expresiones de las dimensiones privilegiadas de la política, porque éstas permiten la pluralidad y la posibilidad de que ésta se manifieste.

En la acción se encontrarán también otras características, que aún cuando no son las más “brillantes,” formarán parte de la política: fragilidad, inicio, contingencia e imprevisibilidad, serán ineludibles a su despliegue. La falta de permanencia y la incapacidad para reproducirse revisten a la palabra y a la acción y en esto estriba su carácter efímero. De allí que con la acción y la narrativa (la posibilidad de que los actos se tornen memoria contada en historias) podamos trascender la mera vida biológica, el reino de la necesidad, al dar forma a nuestras acciones o incluir nuestras vidas en una historia.

Son “eventos extraordinarios” que imputan a un “héroe” o a un “agente” que puede ser un líder, dirigente de su pueblo, o una víctima damnificada por el poder. Es en este sentido, que a través de las narraciones producto de sus hazañas, se conmemoran eventos que nos remiten a las “glorias” de la política. O se reconoce a los parias y se les otorga un lugar en la memoria.

Al equiparar el espacio público a un escenario teatral en donde se presupone una comunidad (actores y audiencia) ²⁴ Arendt configura un binomio entre los actores (quienes llevan a cabo la acción y tienen el papel, digamos protagónico) y los espectadores (capaces de rendir testimonio, quienes no serán menos relevantes). El narrador tiene una posición de privilegio porque siempre conoce mejor lo que pasó, que los participantes. ²⁵

Cuando nos preguntamos por el lugar que adquiere la narración en Arendt, revive su interés por pensar el sentido de la política tantas veces planteado por nuestra autora:

²⁴ Vaclav Havel, “El teatro y la política” en *Nexos* # 237, septiembre, 1996, p. 49.

²⁵ Kateb, *op cit.*, p. 14.

“Mirar la política con ojos no enturbiados por la filosofía,”²⁶ Es decir, alejarse de la tradición metafísica de pensamiento y también de las concepciones tradicionales en ciencias sociales. Le preocupa “lo que aparece” y encuentra que las narraciones pueden dar cuenta de lo que sucede.

Las historias tienen una relación con aquéllos que han motivado la historia (los agentes) y que para Arendt son considerados “héroes,” como mencionamos, por haberla generado.²⁷ Aquí reaparece la Arendt que reivindica el ideal virtuoso y, que en este caso donde mejor se manifiesta es en las narraciones, lo que nos recuerda (aunque Arendt probablemente no lo aceptaría) a las sociedades que concebían el acto de narrar como una especie de educación moral. Así, contar historias se vuelve un abastecimiento para la memoria histórica de las sociedades que hablan “de su propia edad heroica desaparecida.”²⁸ Son narraciones ejemplares que para muchos pueblos constituían sagas o relatos y que Arendt retoma y actualiza (como hemos visto) para las sociedades de nuestros días, ante la embestida moderna que canceló la posibilidad de una continuidad.

Aquí conviene rescatar que se trata de vivificar el recuerdo y no de un mero acto de costumbre (irreflexiva y ritual). En Arendt es claro el énfasis: El recuerdo especifica acciones, individuos y acontecimientos en su carácter distintivo y en su significación particular.

A partir del control por las palabras, las historias pueden ser replanteadas, recuperadas del olvido y resignificadas. Aquí se centra uno de los intereses de Arendt, de crear un nuevo lenguaje que de cuenta de la desmesura. Por otra parte, ante la insuficiencia de la teoría para explicar lo acontecido, las narraciones permiten ir al fenómeno específico e invocan

²⁶ Entrevista con Gaus “¿Qué queda? Queda la lengua materna”. *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2006, p. 18.

²⁷ Aquí me gustaría equiparar la idea que tiene Arendt con la concepción de Pericles que afirma: “Su gloria es ser eternamente recordados en cada ocasión en que se narren hechos o historias y se compartan para su conmemoración.” Ver el texto de Luban, David, “Explaining dark times”, *Social Research*, 50, I, *spring*, 1983. Luban afirma a raíz de lo anterior: “mientras la *polis* exista, conmemorará a sus héroes”, p. 221.

²⁸ Ver Mac Intyre, Alasdair, *Tras la virtud*, Barcelona, Crítica, 2001. En particular el capítulo 10, “Las virtudes en las sociedades heroicas”, p.p. 155-166. Ver también: Reszler, André, *Mitos políticos modernos*, México, F.C.E., 1984, en particular: “Héroes, salvadores y jefes carismáticos,” p.p. 232 a 277.

al mismo tiempo, un código compartido. Es por tanto, una narración inacabada que remite a lo común.

Pero no hay que olvidar que también las historias carecen de dimensión estratégica o de control por parte de los protagonistas, ya que tampoco son productos acabados, esto queda en evidencia cuando la autora señala: “Nadie es autor o productor de la historia de su propia vida.”²⁹ Y tal como nos recuerda Benhabib, en términos de Arendt: “A pesar de que todos somos actores, ninguno de nosotros es el autor o productor de la propia historia de su vida.”³⁰

Por esto es que la llamada “historia de la humanidad” no es otra cosa más que el lugar donde confluyen y se escriben las historias que pueden ser narradas. He tratado de desarrollar este tema desde la perspectiva de la búsqueda de significado y del contexto de las acciones.

Este no es el lugar para abordar las consecuencias que esta óptica tiene para la historiografía en la autora. Pero cabe apuntar que tal ruta llevará a nuestra autora a cuestionar de manera severa, lo que podremos esperar de la historiografía.³¹ Los límites son muy precisos: Al pasado sólo se accede en historias que se recuperan y junto con Hayden White, siguiendo lo más visible: “La estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa.”³²

Las tramas que desarrollamos constituyen a fin de cuentas, una posibilidad de entendernos y también de abrir las posibilidades de la historia hacia vertientes diversas a como la hemos heredado y reproducido. De lo contrario, se convierte el pasado en un peso muerto con el que hay que cargar por una devoción a una historiografía que no se abre a configuraciones múltiples. Lo que podemos asumir es que Arendt se acerca a los

²⁹ Benhabib, *op cit*, p. 208.

³⁰ *Ibid*, p. 113.

³¹ Luban, David, “Explaining dark times: Hannah Arendt’s Theory of theory”, *op cit*, p. 216.

³² Hayden White, *Metahistoria*, México, F.C.E., 1992. Ver principalmente el Prefacio y La Introducción: La poética de la historia, p.p. 9-50.

narrativistas cuando plantea que puede haber tramados alternativos de una secuencia dada de acontecimientos históricos y que no hay restricción hacia una sola forma de relato.³³

La probable conclusión de esta visión límite que sostiene la autora, y la que me parece tiene filones interesantes para recuperar, es la cercanía en la manera en que se busca descubrir el velo de la narrativa para mostrarnos una forma de pensar en la que se dote a la historia de sentido, un sentido que imprima huella a nuestro estar en el mundo.

³³ Ver: Hayden White “El texto histórico como artefacto literario” en Hyden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2002, p.126.